

ENCUENTROS EXTRAORDINARIOS



LAS ÚLTIMAS PALABRAS DE WILLIAM BURROUGHS

Jugar con conciencia
con los límites de la vida no es
exactamente una conducta suicida.
Yo he ido recorriendo el camino
hasta esta esquina del mundo,
estirando el tiempo a veces hasta lo
imposible, estirando el espacio...

JESÚS FERRERO

Yo no, pero mi amigo Kid sí que asistió a la agonía de William Burroughs, y fue Kid el que me hizo el siguiente relato:

El maestro estaba tendido en un sofá verde de aquella mansión de Kansas en medio de ninguna parte. Había pistolas en el salón y un barril de whisky. Había también un rifle de la Edad de Oro del Far West: un Winchester 73 que le gustaba mucho a Burroughs y con el que había matado alimañas en su propiedad: un rancho cuyas dimensiones iban a morir al horizonte.

Tierras rojizas sin demasiada gracia, bosques negros a los lejos, y un silencio fundamental, que hace que tu conciencia se despierte y piense en la muerte. Así era el paraje que había elegido William para sus últimos días. Apenas se drogaba, pero de vez en cuando acudía a su páramo Rājā, un bengalí que le regalaba heroína de la mejor calidad, pues Rājā era devoto de la vida y la obra de Burroughs. Leía los libros de Burroughs como un fanático lee los libros sagrados. Creía ver en ellos un mensaje críptico, una revelación acerca del final de los tiempos. Pero Rājā no iba a su casa más de dos veces al mes. Cuando William no tenía heroína, salía de casa y se ponía a matar animales.

Había prometido no volver a las drogas, pero sus promesas a ese respecto eran muy ondulantes. Subían, bajaban, se precipitaban en el olvido..., como bien sabía Rājā, que fue el que le propició estúpidamente la última sobredosis.

Todo empezó una madrugada en que nos hallábamos junto a William tres de sus amigos, entre ellos yo. Hacia las cuatro y media, Burroughs empezó a delirar. Veía ante él a los sacerdotes mayas, los que controlaban el tiempo y el espacio, los que dictaban el destino del pueblo, los que tenían todo el poder y todo el control. Decía que los sacerdotes mayas acababan de entrar en su mente, que la estaban controlando, que estaban decidiendo su muerte.

–¡Me van a matar! –gritaba William echándose las manos a la cabeza–. Me van a sacrificar en la gran pirámide.... Está decidido. Creen que ha llegado mi hora...

Los que acompañábamos a William en ese momento no estábamos seguros de que fuera él quien hablaba. Podían estar hablando sus personajes a través de su boca. A través de él podía estar hablando Dutch Schultz, el gángster que tanto le conmovió y del que hizo una contundente biografía en forma de guión de cine, o los locos que pueblan los parajes de su *Almuerzo desnudo*. A través de la boca de Burroughs, el gángster holandés podía estar diciendo:

–Yo no la maté. Ustedes están locos.

Aunque bien pensado, la frase podía pertenecer realmente a William Burroughs. Quizá estaba recordando aquella tarde de El Paso, cuando mató sin querer a su esposa. Todos habían bebido demasiado, la tarde era de una densidad cruel. Ella le pidió que jugaran a representar el momento más culminante de la vida de Guillermo Tell. Al parecer ya lo habían hecho otras veces. Todos animaron a William, que tenía prestigio de buen tirador. Ella se puso una manzana en la cabeza y William disparó, con tan mala suerte que la bala descendió demasiado y fue a hundirse en la frente de la mujer.

William seguía tendido en el sofá cuando empezó a agitarse, como si lo estuviese poseyendo sexualmente un fantasma. Henry, uno de los asistentes, me preguntó qué le podía estar pasando al maestro. Yo contesté:

–El maestro cree en los amantes psíquicos, los que la tradición llama súcubos e incubos. Se trata de seres diabólicos que visitan desde el origen del tiempo a los humanos, para tener relaciones sexuales con ellos. William me confesó varias veces que tenía un amante psíquico desde sus años en Viena. Se llama Erik.

–Erik ha vuelto –clamó William, como si sus pensamientos y sus deseos estuviesen conectados conmigo y con lo que yo decía. De pronto el maestro estaba teniendo relaciones sexuales con su amante psíquico, allí, delante de todos. Aunque sólo veíamos al

maestro, pues el cuerpo del fantasma nos resultaba invisible, todo nos indicaba que se trataba de relaciones sexuales de naturaleza muy violenta, lo que me obligaba a pensar que la sexualidad en el mundo astral podía ser más salvaje que la del mundo material.

–Parece que se va calmando el remolino –murmuró Henry, al ver que el maestro se quedaba quieto sobre el sofá, apoyaba la cabeza en una almohada, cerraba los ojos y empezaba a decir frases inconexas o tan conectadas que parecían surgir todas ellas de un único magma: el de su vida.

–Yo no disparé... Bueno, sí lo hice, pero me guiaba mi amante psíquico. Me guiaba Erik. Ella y yo teníamos un hijo, que siguió mis pasos, y que escribió un libro en el que se definía como un kamikaze. Mal asunto. Nadie ha de definirse a sí mismo de forma tan trágica. Estás construyéndote un destino suicida. Muchos de mis amigos se construyeron un destino suicida, que no tenía vuelta de hoja. Hay otras formas de locura... Yo prefería danzar en la cuerda floja, sabiendo que no me iba a caer tan fácilmente... Jugar con conciencia con los límites de la vida no es exactamente una conducta suicida. Yo he ido recorriendo el camino hasta esta esquina del mundo, estirando el tiempo a veces hasta lo imposible, estirando el espacio... Vivo en una dimensión cuántica sin dejar por eso de estar aquí y ahora. Yo no disparé. Disparó el Espíritu del Desierto... A mi hijo se lo llevó el Espíritu del Desierto. A mí me llevará el Espíritu del Desierto. Es un súcubo antiguo, violento, escéptico. Violó a Lawrence de Arabia disfrazado de turco, y a mí me obligó a disparar. Ahora lo veo lejos, se ha perdido por un túnel muy largo ese hijo del infierno. Dios santo, ahora estoy ante el mar, veo al capitán Misson fundando la república de Libertalia, veo el atardecer de Nueva York, veo una calle llena de drogadictos, una calle cruel. Disparan contra el holandés en el pasillo... ¡No disparen más! –gritó William, y empezó a retorcerse sobre el sofá. Le estaba dando un ataque el corazón y lo trasladamos al hospital de Lawrence.

De noche salí a la terraza del hospital, ubicado en un cerro desde el que se divisaban las áridas llanuras de Kansas. Ni aquel hospital de la carretera de Lawrence ni el paisaje que lo envolvía me parecían lugares buenos para morir. Luego pensé que eso no importaba. Que daba igual el lugar donde uno muriera, en una playa desierta o en un tren lleno de gente, o a las puertas del desierto. De repente llegué a pensar que aquel hospital era un centro de conexión psíquica general, y que desde ese lugar concreto era fácil conectar con el gran súcubo, el más violento, el más abismal: el Espíritu del Desierto.

Cuando abrí la puerta de la habitación, William ya estaba muerto. Su rostro se dibujaba contra la pared mate como una máscara micénica: parecía la máscara de Agamenón. Llevamos el cadáver a una funeraria de Lawrence que se llamaba El Zenote, donde nos sirvieron whisky y nos dejaron fumar. El paisaje que se veía desde la ventana sobre la que se recostaba la máscara micénica de Burroughs parecía un reluciente espejismo. Ante mis ojos vidriosos un bosque, una cisterna llena de peces, y media docena de buitres. Estaban allí porque les gustaban las fragancias disueltas en el aire. Los pájaros nos acompañaron hasta el cementerio: se trataba en realidad de una familia de buitres distantes y educados que en ningún momento perdieron de vista el féretro, mientras atravesábamos un valle de ceniza y un lugar lleno de cipreses y de humedales negros. Al fondo se veía una mansión con una grieta entre árboles cadavéricos. Con toda evidencia, estábamos proyectando ante nosotros mismos fantasmas interiores, algunos hijos de lo que habíamos leído, y ahora resulta que íbamos a enterrar a William muy cerca de la casa Usher. Pensé que me estaba volviendo loco hasta que caí en la cuenta de que mientras velábamos el cuerpo de William, el camello Rājā nos había regalado unos hongos del Nepal que trasfiguran el mundo y lo convierten en un gran territorio de ficción. De pronto todo se tornaba demasiado literario y demasiado aterrador. Quizá el maestro no estaba muerto, quizá había sufrido un ataque de catalepsia... ¿Iban a enterrar vivo al maestro? ¿Iban a enterrar vivo a William? Me arrojé sobre el ataúd gritando. Dos hombres me golpearon y me desmayé. Cuando volví en mí, me

hallaba en una clínica de algún lugar de Kansas. Una enfermera entró en mi cuarto y dijo:

–Señor Kid, viene a visitarle el señor William Burroughs.

Sí, allí estaba William, con su traje negro, su sombrero y su bastón, y allí estaba yo, lleno de terror y sabiendo que me estaba perdiendo en el alma del muerto y en el espacio de sus novelas. Ese espacio que a menudo parecía una dimensión intermedia entre la vida y la muerte, entre los amantes psíquicos y los amantes reales, entre lo soñado y lo vivido, entre el inconsciente y la conciencia... Dicho de otra manera: sentía mi cuerpo poseído por el alma de un loco. Era un alma pesada, envolvente y fatalista la de ese loco. Era una compleja maquinaria cuyo ruido no me dejaba dormir por la noche. Un infierno con muchos diablos agitando el fuego: el infierno de William Burroughs.

[Este texto inaugura la sección *Encuentros extraordinarios*, segunda entrega de la serie *Entrevistas imaginarias*, del mismo autor, que publicamos en la primera época de la revista.]

JESÚS FERRERO ES ESCRITOR. AUTOR DE *BÉLVER YIN*, *AMADOR*, *LAS TRECE ROSAS*, *EL HIJO DE BRIAN JONES*, *DOCTOR ZIBELIUS* Y *LAS NOCHES ROJAS* (POESÍA).